

intelectual y moral, menos deslumbrador y aparatoso si se quiere, pero no menos fecundo en bienes para las naciones. Incontables son los sacrificios que México ha tenido que hacer para asegurar su independencia, para consumir su regeneración social y política; pero en medio del conflicto que las circunstancias le imponían, jamás perdió la fé en su destino, como lo prueban los vastos proyectos concebidos entre el fragor de las luchas civiles y llevados á buen término con tenaz perseverancia. Entre esos proyectos debe señalarse el de la Biblioteca Nacional, que fué creciendo en proporción que circunstancias inesperadas venían á frustrarlo, hasta que logró condensarse en el suntuoso establecimiento con que hoy se enorgullece la capital de la República.

J. M. VIGIL.



## INFORME DEL DIRECTOR.

SR. PRESIDENTE, SEÑORES:

LA reunión y conservación en archivos y bibliotecas, de las varias producciones del ingenio humano, remontan á la más alta antigüedad, pues corresponden á la natural tendencia que en el hombre existe para investigar las causas de los fenómenos que le cercan, las leyes de su propio destino, los hechos que forman la historia de sus antepasados, tendencia que despierta la necesidad de consignar los resultados de tales investigaciones en caracteres que los expresen con más ó menos perfección, perpetuándolos y trasmitiéndolos á las generaciones fu-

turas. La piedra, el metal, el ladrillo, las pieles de los animales, la corteza de los árboles, las telas enceradas, han sido sucesivamente los diversos medios de transmisión según el movimiento progresivo de las sociedades, quedando como señales indicadoras de esa evolución prodigiosa los nombres que ahora empleamos para significar biblia, libro, código, papel, volumen, y otros cuya clara etimología revela los primeros y no interrumpidos trabajos que prepararon la era de la civilización.

Más de cuatro mil años hace, si hemos de creer la tradición, que Osimandías, rey de Egipto, formó en Menfis la primera biblioteca de que se tiene memoria, colocando sobre la puerta de entrada esta expresiva inscripción: "Remedios del alma."<sup>1</sup> Los hebreos conservaban con un respeto religioso en el fondo del santuario los libros de Moisés, de Josué y de los primeros profetas. La Persia y la Caldea tuvieron especial cuidado en reunir los monumentos de su historia grabados en láminas de estaño y de plomo, siendo famosa entre otras la biblioteca de Susa. Samos y Atenas fueron las primeras ciudades de Grecia que alzaron templos á la ciencia con la erección de bibliotecas, á las que van unidos los nombres de Policrates y Pisistrato que dieron el ejemplo de coleccionar manuscritos en depósitos especiales; y por último, Roma, heredera y continuadora de la civilización griega, siguió la huella de sus maestros, sin

que el genio belicoso de su pueblo fuese parte á impedir que en él se despertara el amor á las letras y á las artes, y fundase suntuosas bibliotecas como la de Augusto en el templo de Apolo, las del Capitolio y el templo de la Paz, y la llamada Ulpiana creada por Trajano y que Diocleciano agregó á sus Termas.<sup>2</sup>

Cuando el Occidente quedó sepultado bajo las ruinas del imperio romano, las letras hallaron refugio y protección entre los árabes, citándose á este propósito las bibliotecas de Fez y de Marruecos. En medio de la barbarie que envolvía á la Europa, los monasterios fueron el asilo de la ciencia; allí se reunieron los libros que habían escapado del naufragio, siendo una prueba de la importancia que se daba á aquellos respetables depósitos, las excesivas precauciones que se tomaban para su aumento y conservación. Carlomagno, ese genio extraordinario, que en medio de la rudeza de su siglo comprendió la saludable influencia que la instrucción ejerce en los pueblos, creó entre otros establecimientos una biblioteca bastante numerosa, mientras en España llegaron á contarse sesenta bibliotecas fundadas en Andalucía por los moros, figurando entre ellas la de Córdoba que contenía 250,000 volúmenes.

La invención del papel en el siglo XIII, al facilitar la multiplicación de los manuscritos, y dos siglos más tarde la revelación asombrosa de Guttenberg, pues tal

nombre merece el descubrimiento de la imprenta, abrieron un campo ilimitado á la inteligencia, provista ya de tan poderosos auxiliares. Había llegado el momento en que iban á desarrollarse y fructificar los gérmenes depositados durante mil años y que habian acabado por fundirse y tomar forma consistente en el recio molde de la idea cristiana; los gobiernos comenzaron á prestar especial protección á las ciencias, no olvidando la creación de bibliotecas, algunas de las cuales, pobres en sus principios, han llegado á adquirir con el trascurso del tiempo proporciones verdaderamente grandiosas.<sup>3</sup>

Volvamos, empero, las miradas á nuestro propio país; véamos siquiera de una manera rápida lo que han sido las bibliotecas en México, lo que es y debe ser la que con el nombre de Nacional hoy inaugura el principal de sus salones.

Aquí tambien los antiguos mexicanos comprendieron la importancia de la formación y guarda de los manuscritos en que se contenía todo lo relativo á su modo de ser social, religioso y político. No conocían la escritura alfabética, pero sus geroglíficos les bastaban para conservar la historia, las peregrinaciones, las genealogías, los códigos civiles y criminales, el calendario, la mitología, el arte divinatória, la astronomía, los planos geográficos, las cuentas y tributos, etc., teniendo cuidado de coleccionar aquellos manuscritos en grandes de-

pósitos que formaban verdaderas bibliotecas. La mayor de éstas se hallaba en Texcoco, siguiéndole en importancia México, donde muchos empleados se ocupaban exclusivamente en copiar y arreglar las pinturas bajo la vigilancia de un noble nombrado por el rey.<sup>4</sup>

Desgraciadamente parece que una ley fatal obliga al espíritu humano á tropezar á cada paso con obstáculos que se burlan de su esfuerzo, sometiéndole á la ruda tarea de rehacer constantemente la obra comenzada. La destrucción que provocan las guerras, los odios de secta, la saña de tiranos poco ilustrados, no sólo se ha extendido á los hombres que por su superioridad intelectual inspiran celos y sospechas, sino que ha ido á cebarse en las mismas obras de la inteligencia, incendiando bibliotecas y causando de esta manera pérdidas irreparables. Cuando los babilonios tomaron á Jerusalem, los libros de los judíos fueron despedazados y quemados. Igual suerte corrieron en China los libros de los filósofos por orden de un emperador, 200 años antes de nuestra era.<sup>5</sup> La biblioteca formada en la antigua Bizancio por Constantino el Grande, después de una larga serie de vicisitudes, acabó por ser definitivamente destruida en odio á los cristianos bajo el reinado de Amurat IV. La célebre biblioteca de Alejandría, fundada por Tolomeo Soter, llegó á contener 700,000 volúmenes, pero el incendio de la ciudad al ser ocupada por César,

las luchas entre cristianos y paganos á fines del siglo IV, y la orden de incendio trasmitida por el califa Omar á su capitán Amrú, destruyeron para siempre aquel depósito inmenso de la sabiduría antigua.<sup>6</sup>

Las bibliotecas de México no quedaron exentas de ese funesto destino: el rey Itzcoatl mandó destruir las relaciones antiguas á fin de que no llegasen á noticia del vulgo y fuesen menospreciadas. Los aliados tlaxcaltecas, al ocupar en compañía de los castellanos la ciudad de Texcoco, destruyeron la biblioteca que allí existía. La misma suerte cupo á la de México al caer en poder de los españoles y sus aliados. Más tarde, la destrucción tomó mayores proporciones, pues como refiere Torquemada: "los indios antiguos escondieron estos papeles porque no se los quitasen los españoles cuando les entraron la ciudad y tierras, y se quedaron perdidos por muerte de los que los escondieron, ó porque los religiosos y obispo primero Don Juan de Zumárraga los quemaron con otros muchos de mucha importancia para saber las cosas antiguas de esta tierra; porque como todas ellas eran figuras y caracteres, que representaban animales racionales é irracionales, yerbas y otras cosas de este tono, entendieron que era demostración de superstición idolátrica; y así quemaron cuantos pudieron haber á las manos, que á no haber sido diligentes algunos indios curiosos, en esconder parte de estos papeles

y historias, no hubiera ahora de ellos aun las noticias que tenemos."<sup>7</sup>

Una vez en tranquila posesion de estas vastas comarcas, la corona de España dictó cuantas medidas eran necesarias para su organización y buen gobierno. Al elemento eclesiástico, y sobre todo, al monacal, tocó gran parte en aquella obra de reparación y de cultura. Presto se establecieron escuelas y colegios en que se enseñaban las letras y las artes propias de la vida civilizada; el obispo Zumárraga introdujo la primera imprenta que multiplicó los libros destinados á la instrucción civil y religiosa; fundóse la Universidad de México y erigióse multitud de conventos en todo el territorio conquistado, siendo cada uno de ellos asilo de beneficencia para el desvalido y foco de ilustración para el ignorante. Había llegado á ser locución proverbial que un monasterio sin biblioteca es una plaza fuerte sin arsenal;<sup>8</sup> verdad que traían bien sabida los fundadores de conventos mexicanos, y que le daban aplicación práctica estableciendo en cada uno de éstos, bibliotecas, algunas de las cuales adquirieron con el tiempo notables proporciones. Entre los hombres que más hicieron por la instrucción en aquellos días, merece especial remembranza Fr. Alonso de la Veracruz, uno de los primeros profesores en nuestra Universidad, y entre cuyos trabajos se cuenta la fundación del colegio de San Pablo en

1575, creando allí una biblioteca que Grijalva califica de insigne y "que el año antes, según las palabras del mismo historiador, había traído de España, buscada de diversas partes y Universidades donde había libros de todas facultades, de todas las artes y lenguas de que se tenía noticia."<sup>9</sup> Los jesuitas fundaron á su venida, en 1573, el colegio de San Pedro y San Pablo, en donde establecieron la biblioteca que trasladada después á San Ildefonso llegó á tener considerable importancia. El obispo Don Juan de Palafox y Mendoza creó en Puebla la biblioteca llamada *Palafoxiana*; y por último, á la filantropía del Dr. Don Luis Antonio Torres Quintero y de sus sobrinos Don Cayetano Antonio y Don Luis Antonio Torres Quiñón, se debió la fundación de la Biblioteca pública de la Catedral de esta ciudad, entre cuyos principales donatarios hay que contar al Dr. D. Juan Francisco Campos y al arzobispo Don Juan Manuel Irizarri.

Lo dicho basta para comprender y estimar debidamente la importancia que en el período colonial se dió á las bibliotecas, pudiendo decirse, en resumen, que no hubo colegio, universidad ni convento, así en la capital como en las demás ciudades de lo que se llamó Nueva España, que no poseyese colecciones de libros más ó menos ricas y numerosas, siendo fácil formarnos idea, por lo que de ellas nos ha quedado, del espíritu que dominaba en su formación y de las ciencias que pre-

ferentemente se cultivaban en aquella época. Apenas México consumó su independéncia, y adoptando instituciones liberales en armonía con el espíritu del siglo, comenzó á promover cuanto era conducente para difundir la instrucción en todas las clases sociales, surgió la necesidad de formar una gran Biblioteca Nacional, á ejemplo de las que existen en todas las naciones cultas y que ocupan lugar prominente entre sus más valiosos monumentos. Con este fin se expidió el decreto de 24 de Octubre de 1833, destinándose á la biblioteca las piezas que se creyeran necesarias en el extinguido colegio de Santos, y debiendo comenzar á formarse con la librería de la Universidad, igualmente extinguida, la del referido colegio, y las obras que sucesivamente se fuesen adquiriendo. Aquella disposición corrió, sin embargo, la suerte de todas las demás encaminadas al fomento de la instrucción pública; la reacción política de 1834 las echó por tierra de una plumada, y el proyecto de Biblioteca Nacional quedó aplazado hasta mejores tiempos, en que el espíritu de reforma hubiese adquirido suficiente consistencia para reducir á la práctica sus sabias innovaciones.

En efecto, las grandes ideas acaban por triunfar tarde ó temprano de los obstáculos que á su desenvolvimiento oponen la preocupación y la rutina; así vemos que en 30 de Noviembre de 1846 se expidió un nuevo